

Los santos de Asís

Gonzalo Rodas Sarmiento

(novena parte)

24.- Francisco y los Capítulos

Los Capítulos de Pentecostés quieren sobrepasarme. Empezando por el del año pasado, 1218, en el que todavía me sentí bien recibido. Por primera vez asistió el Cardenal Ugolino, y lo hizo con verdadera actitud de servicio. Si hasta se despojó de sus ropas suntuosas y se puso un hábito todo parchado que me pidió para ser uno más de nosotros, aunque fuese sólo por unos días. Codo a codo con los Hermanos Menores lavaba los pies de los pordioseros, sin tener mucha habilidad para esa tarea a la que no estaba acostumbrado. Un mendigo se permitió hasta insultarlo, sin saber quien era el que intentaba mojarle sus sucios pies. Menos mal que Ugolino lo tomó con calma.

En esa asamblea éramos cientos de Hermanos, y no todos estaban de acuerdo, incluso en aspectos esenciales. Eso fue así porque entraron a la comunidad muchos clérigos e intelectuales que por buscar a Dios en la rígida teología no se dan cuenta que lo tienen mucho más cerca de lo que creen.

En aquella oportunidad les hablé de la alegría de vivir, del desapego, y de las actitudes con que se viste el alma, no sólo para ser bella. La ropa del alma también defiende del clima riguroso, pero no ha de ser una armadura.

Un religioso me preguntó por qué yo hacía caso a escritos paganos y a otros en que no se habla de Dios. Le respondí que con esas letras también se puede armar el nombre del Señor. No quedó muy convencido, pero se fue pensando. En fin, ese Capítulo del año pasado transcurrió sin tanta dificultad, a pesar de la multitud que ya éramos.

Los meses caminaron apresurados. Primero, a propósito de la Cum Dilecti, bula en que Honorio III asegura a nuestra fraternidad el ser recibida favorablemente, como comunidad cristiana autorizada. Este documento, lo llevo conmigo cuando salgo a predicar.

Después vino la cena en casa de Ugolino, con la presencia de Domingo de Guzmán. Grato encuentro con un buen amigo. El Cardenal nos instó a conversar de nuestras comunidades. Ugolino me estima pero discrepa conmigo en la manera de leer lo esencial del evangelio.

-Me agrada que seas un soñador -me dijo- pero los otros cardenales te consideran peligroso, en ese aspecto.

-Imitemos a Cristo -respondí- que renunció a las ventajas de ser Dios y se sometió a las desventajas de ser hombre.

-Sí, pero ni tú ni yo somos Cristo... Somos de barro..., tenemos que reconocerlo.

-Desde que sentí que Jesús me decía "repara mi iglesia, que se está arruinando", eso ha sido la piedra fundamental en que se basa todo lo que he intentado hacer.

Ugolino me acogió con simpatía, pero no me pareció que estuviera vibrando.

-La pobreza es una de las cosas que se ha echado a perder en la casa del Señor -continué-. Los excesos de riquezas materiales pueden derribarla. Tenemos que repararla desde un lugar de amor. No se trata de poner una casa nueva y odiar la actual. Eso no funciona. Limpiemos, pulamos, tapemos las goteras, pintemos, reforcemos la tabla débil.

Noté que Ugolino se quedó con la poesía y no con lo sustancial.

-No me pondré afuera de esa casa a gritar contra ella -insistí.

Me dejó tan triste esa conversación que casi no me di cuenta cuando el Cardenal cambió el tema y nos habló del Papa y de las dificultades que enfrenta al tratar de conciliar a los poderosos monarcas Federico II y Otón IV, rivales declarados. Después de esa cena quedé más convencido que nunca, de la necesidad de mostrar el verdadero rostro de Cristo.

Nuestra cofradía ha seguido creciendo. Hace pocos meses llegó Iluminado, un muchacho muy joven, de Rieti, un verdadero regalo de Dios para mantener muy viva la luz. Le hace honor a su nombre.

Casi al mismo tiempo llegó el hermano Mosca, que no dio resultado. Estuvo unos pocos meses con nosotros. Voraz a la hora de sentarse a la mesa, y muy pasivo e incómodo cuando le tocaba salir a mendigar. Esta persona era una carga, que no aportaba nada. No traté de retenerlo cuando él se mostró inseguro en cuanto a su permanencia.

Recorrí muchos lugares en este período de mi vida, predicando el amor a Jesús, y casi siempre fui aceptado. En Toscanella se me acercó un señor de gran riqueza material, y me llevó a su casa, me ofreció alojamiento por los tres días que estuve en ese pueblo. Se esmeró por atenderme. Su hijo pequeño estaba enfermo de las piernas y no había logrado aprender a caminar. El hombre me rogaba todos los días que curara a su hijo. En vano le expliqué mi absoluta incapacidad para algo tan grande. Insistió con tanta fe que tuve que intentarlo. Eso sí, primero me puse en oración por unas horas, rogándole a Dios que sanara al niño. En eso estaba yo, transportado espiritualmente, cuando visualicé dos luces, una más potente que me mostraba a Dios Creador, sin duda, y otra un poco más tenue, que resultó ser como un espejo en el cual yo me miraba. Me sentí un instrumento del Señor, y fui hacia el pequeño, lo tomé en mis brazos, lo puse en el suelo y lo ayudé a pararse. En todo momento supe que Dios no me iba a defraudar. Llevando al chico con mis manos y con gran paciencia, él pudo doblar sus rodillas, afirmarse y dar unos pasos. Toda la familia celebró al niño, que ya podía aprender a caminar.

En otra oportunidad, en Spoleto, me ponía yo a pedir limosna, todos los días en la misma escalinata, junto a otro Hermano de ese pueblo. Ambos habíamos superado ya la etapa de la vergüenza, y no teníamos tantas trabas para vivir la vida de esa manera. A la misma hora de siempre, pasaba dándose aires de grandeza un hombre que iba llegando a almorzar a su casa, ahí muy cerca. Cada vez le hablábamos a este señor apelando a la generosidad que Dios puso en él. Nos miraba con reprobación y hasta nos insultaba antes de seguir su camino y entrar a su lujosa vivienda. Así, hasta que un día volvió a aparecer por la puerta de su casa, minutos después de haber llegado, y nos gritó algo, al mismo tiempo que nos tiró un pan, el cual rodó por la calle hasta posarse a pocos metros de nuestra posición. Fui a recogerlo y le grité mis gracias al hombre, que ya se estaba entrando.

Llevamos el pan al convento y lo compartimos con los demás Hermanos. Rezamos tanto por el hombre aquel, que al poco rato llegó a golpear la puerta. El Hermano portero lo hizo entrar, y se produjo una extraña situación en que lo mirábamos y él nos observaba en silencio. No sé cuanto rato transcurrió hasta que el tipo se puso a llorar, nos pidió perdón y se fue, cambiado para siempre. Tiempo después los Hermanos me contaron que este hombre se transformó en un benefactor.

El año transcurrió tan rápido, que muy pronto estábamos ya en un nuevo Capítulo de Pentecostés, más concurrido que el año anterior, en los bosques de la Porciúncula. Armamos chozas de paja como si se tratara de una fiesta de tabernáculos. Yo conocía casi a la mitad de los Hermanos que vinieron. Para esta ocasión invité a Domingo de Guzmán. Me encontré con muchos hombres eruditos que querían conocerme. Todos ellos muy amables y con gran conocimiento acerca de la estructura actual de la Iglesia, pero no tenían ninguna motivación para luchar por los cambios que ésta requiere. Ni siquiera sentían que vivir la pobreza pudiera ser beneficioso para algo. Comprendí que de esa manera los cristianos nos estábamos resistiendo a ser transformados. En vez de iluminar, era nuestra fraternidad la que se estaba convirtiendo en una Orden tradicional. El gran desafío se estaba planteando así. Cómo vivir esta situación de la manera más fiel posible.

Inauguré el Capítulo diciendo:

-Hermanos míos, el camino en que estamos puestos es el de la humildad y la sencillez. Puede pareceros extraño mi programa, pero es el Señor mismo quien me lo ha revelado.

-Sería lamentable que al predicar buscárais el aplauso fácil en vez de la liberación de las almas -agregué-. O que desvirtuárais el mensaje, viviendo con exceso de comodidades.

Exhorté a los Hermanos a que amaran siempre a Jesucristo y que vivieran desapegados de los bienes materiales. De pronto, noté que muchos se distraían mirando extrañados mi túnica llena de parches, que ya no se sabe de qué color es.

Les pedí que formaran grupos de a doce, como los apóstoles, para discutir los temas que estaban siendo de interés. Cada cierto trecho, el monitor de cada grupo comunicaba a la asamblea en forma brevísima lo esencial del resultado. Aún así, eso nos tomaba mucho tiempo, debido a la gran cantidad de grupos. Me di cuenta de lo difícil que es administrar una comunidad tan grande. No la tengo ya en mis manos, como antes. Ruego a Dios que esté en sus propias manos.

Un poco antes que terminara el Capítulo, Ugolino vino a mí, con gran preocupación, en una pausa y me preguntó mi parecer acerca de lo que le estuvieron diciendo ciertos Hermanos. No pregunté quienes.

-Ellos quieren aceptar la sabiduría de Agustín de Hipona, Bernardo de Claraval y el abad Benito.

-Mi camino no es ninguno de éstos -respondí-, es de sencillez y humildad. Ya sé que parezco un loco, pero es así como me guía el Señor.

Con Ugolino puedo conversar estas cosas, y hacerle ver que nuestra comunidad está hecha para abrir un nuevo camino necesario, y no para transitar por las anchas calles conocidas.

-Me he jugado por vivir de acuerdo a las enseñanzas de Cristo -agregué.

-Tengo un gran temor... -expresó el Cardenal-, que la fraternidad sucumba como ha pasado con todos los movimientos similares de reforma. Es que no fueron canalizados... y se descontrolaron.

-Muchos cristianos de hoy sienten orgullo al levantar la cruz en el campo de batalla, pero se avergüenzan de la cruz... O la llenan de teología, en vez de tomarla y seguir a Cristo..., que nos habla de amar al enemigo y rezar por los perseguidores.

Ugolino quedó muy impresionado, y se dispuso a dejar tranquilos a los disconformes que habían preferido acudir a la persona de más jerarquía, en vez de plantear el asunto abiertamente en la asamblea.

Las conclusiones de ésta fueron gravitando hasta quedar establecidas. Se decidió que para evitar fracasos en las misiones, como los ocurridos, sería necesario que los Hermanos tuvieran más instrucción, incluso que fueran enviados a universidades.

Siguió primando el espíritu de pobreza, pero eso fue algo que me costó una ardua lucha. A ratos sentí desesperación, pero el alma siempre me volvía al cuerpo.

Respecto al llamado del Papa a integrar la nueva Cruzada, la decisión de la asamblea fue clarísima. No iremos a poner más guerra encima de la odiosa guerra. Nuestra decisión fue la de participar de una manera distinta. Iremos hacia los infieles a llevarles la palabra del Señor. Será arriesgado, y así lo asumimos. No necesitamos riquezas ni seguridades.

Egidio fue el más decidido. Viene llegando de las Cárceles donde pasó más de tres años, y ahora quiere partir a Túnez. Lo planteó en la asamblea y recibió muestras de estimación y apoyo. Le hablé a él y a todos, encomendándoles que no se trata de ir a la confrontación, aún cuando nos reconoceremos como cristianos.

25.- Iluminado en el mundo islámico

Fue en el verano de 1219 que partimos hacia tierras musulmanas con la intención de llevarles el evangelio de Jesucristo. Para Francisco, éste era su tercer intento. Para mí, el primero, y me gané este derecho porque algo sé de la lengua árabe. No mucho, sólo lo que aprendí durante mi infancia en Rieti, con un tío mío de ascendencia árabe.

Este viaje fue un verdadero regalo para mí. Nos embarcamos en Ancona junto a otros diez Hermanos y una multitud de hombres que iban a hacer la guerra con tal de huir de los ingratos destinos que su tierra italiana estaba en condiciones de ofrecer.

El resto de los Hermanos tuvo que volver a sus conventos porque el barco no tenía capacidad para llevarlos a todos. ¿Quién seleccionó a los diez de la suerte? Francisco le pidió ese servicio a un niño que vagaba por el puerto. Dijo que así se daría la voluntad de Dios.

-Necesito que Iluminado sea de la partida -exigió Francisco, indicándome a mí.

Durante el viaje, el hambre y la enfermedad hicieron morir a muchos, mientras que los delincuentes, que también los había, mataban para robar algo de comer. Nosotros, los Hermanos, sobrevivimos sin dificultad porque estamos acostumbrados al ayuno. Finalmente, llegamos a Damietta en Egipto, donde estaba ubicado el frente de lucha. En el campamento de los cruzados nos

recibió el Cardenal Pelayo Galván, un español con más odio que aptitudes. Siempre enojado y arrogante.

A los Hermanos Menores nos asignó alojamiento en la casa contigua a una iglesia en el barrio más pobre de la ciudad, donde los enfermos y heridos aparecían a cada paso. Ocupamos gran parte de los días siguientes en atenderlos, pero con Francisco y Pedro Cattani también nos dedicamos a ir al campamento para tratar de conversar con Pelayo, a pesar de que nos menosprecia. El Cardenal usaba costosas vestimentas rojas. Podríamos hablar con él si se dignara bajar de su brioso corcel, el que también estaba adornado con un elegante género rojo.

El ambiente no era de lo mejor, por las discusiones internas y por la falta de disciplina de los cruzados.

-Te sugiero que aceptes -propuso a Pelayo uno de sus oficiales, cuando ambos bajaron de sus caballos-. Nos ofrecen todas las reliquias de la cruz de Cristo.

-Migajas -replicó enojado el Cardenal.

-Si nos retiramos de Egipto nos devolverán Jerusalén... ¿Te parece eso una migaja?

-Pues, no se los creo.

-Más te valiera creer, mira que saldríamos ganando sin sacrificar vidas.

-¿Tienes miedo?

-No, Pelayo, pero lo que nos ofrece el sultán nos conviene.

Con Francisco y Pedro nos limitamos a escuchar en silencio y a mirarnos con extrañeza hasta que nos formamos una clara idea de la situación, justo cuando el diálogo entró en una de las carpas, a la que no tuvimos acceso.

-Francisco, Pedro -les hablé entonces, cuando nos quedamos solos- me parece que nos vamos a meter en una batalla sin destino.

-A mí también -dijeron ambos a coro.

-A ti te hará caso el Cardenal -continué, dirigiéndome a Francisco- eres nuestro jefe.

-Mira, iluminado, no creo que Pelayo escuche a nadie.

-Si Dios te susurra algo al oído... es para que lo grites desde los techos... ¿no?

-Así nos enseña Jesús.

-¿Y entonces?

En eso, el Cardenal Pelayo salía de la carpa, y Francisco se acercó a él.

-Perdón, señor Cardenal -habló tímidamente Francisco.

-¿Qué necesitas? -preguntó molesto Pelayo.

-¿Qué mejor podríamos tener que la ciudad de Jerusalén -respondió Francisco con otra pregunta-, y las reliquias de la cruz de Cristo, además de salvar vidas y terminar de una vez una guerra inútil?

-No te metas en lo que no te corresponde -le gritó Pelayo, alejándose.

-Es Jesús quien nos guía -insistió Francisco, corriendo detrás del Cardenal.

-Eres un cobarde.

Tres días después, Pelayo atacó la fortaleza árabe usando catapultas, y sus hombres fueron repelidos con aceite hirviendo. Fue una aplastante derrota para los cruzados. Muchos nuevos heridos llegaron a la pequeña iglesia que nos hospedaba. Nos quedaba poco tiempo para ir al campamento, y en esos breves ratos, Francisco se las arreglaba para tratar de hacer entrar en razón al

Cardenal Pelayo. Así fue que llegamos a saber que el sultán quería negociar. Ésta era una gran oportunidad para nosotros. Francisco no tardó en ofrecerle al Cardenal nuestra colaboración en esta emergencia.

-Olvídalo -fue la primera respuesta.

Pelayo no tenía intención de enviar a nadie a parlamentar.

-Te he dicho que no -contestó Pelayo al segundo día, cuando Francisco volvió a la carga.

-Es muy peligroso, Francisco. No creo que el sultán os deje salir con vida -fue la respuesta del Cardenal, al día siguiente.

Así siguió evolucionando este asunto, durante una semana. Pelayo quedó tan aburrido con Francisco que accedió a su pedido, sólo por deshacerse de él. Permitted que yo acompañara a Francisco, para que le sirviera de intérprete, pero nadie más.

Las órdenes fueron muy claras. No deberíamos ceder ni un ápice. Además, Pelayo, que tenía clarísimas nuestras intenciones, nos advirtió:

-No tratéis de convertir al sultán, si no queréis que él os mate.

Partimos contentos hacia territorio enemigo.

-“Ama a tu enemigo” es lo que nos dice Cristo -dije a Francisco, por el camino.

-Sí. Les llevaremos el evangelio, y talvez hasta logremos terminar la guerra.

-¿No será mucho?

-Es que me lleno de optimismo.

Salimos del pueblo por unas callejuelas oscuras y llegamos a un despoblado en el cual encontramos un sendero que nos llevó, después de algunas horas, hasta las cercanías del palacio del sultán.

Sabíamos que la cosa era peligrosa. Estábamos en una ciudad y creímos que de ahí podríamos ir a las plazas a hablarle a la gente, en idioma universal. Francisco trató de aprender previamente algo de árabe. No alcanzamos a decir ni una sola palabra en público. Nuestro aspecto bastó para que nos rechazaran. Muchos soldados en las calles no nos permitieron avanzar más allá de las primeras casas. Unos guardias nos detuvieron y nos llevaron a una improvisada estación de policía que funcionaba en una carpa. Nos apodaron “los sufíes cristianos”, y se reían de nosotros.

Insistí mucho en que necesitábamos ver al sultán de Egipto para parlamentar.

-Nuestra misión es importante -traté de decir, en mi mejor lenguaje árabe.

Nos hicieron preguntas, que yo contestaba después de preguntar a Francisco qué tenía que decir. Ahí me di cuenta que no es tanto lo que sé del idioma, pues me costaba armar cada frase.

Nos llevaron a un edificio cercano y nos pusieron en una celda inhóspita hasta el día siguiente. Tratamos de dormir, pero al alba despertamos con las oraciones que se escuchaban. Pensé en mi nombre, que me habla de la luz que nos damos los unos a los otros. Jesús dice "Sois la luz del mundo". Creí que me había salido del mundo, pero hasta ahora no ha sido así. Sólo me puse en una orilla del mundo, tratando de iluminar, pues siempre he pensado que para algo me pusieron mi nombre. Unos dan luz, otros calor, otros vida, pero no estoy todo lo encendido que quisiera.

Al día siguiente nos siguieron interrogando. Hasta unos pocos golpes nos dieron, pero pronto se aburrieron de nosotros. Entonces, empezamos de nuevo a insistir en que traíamos un mensaje de paz para el sultán, y queríamos ser recibidos por él, como emisarios para el bien y no para el mal. No querían hacernos caso, pero las cosas se fueron dando, pues pasó por ahí, ese mismo día, un alto funcionario. Nos vio y escuchó, y dio la orden de que nos trasladaran a otra celda un poco mejor, en las inmediaciones del Harem. Ahí no íbamos a poder estar por mucho tiempo, ya que era de alto nivel.

Supusimos que de allí nos enviarían a una cárcel, lo que no estaba en nuestros planes. Sin embargo, tuvimos suerte, pues una noche llegó a ese lugar el sultán Al Kamil. De hecho, todas las noches las pasaba en el Harem, pero esa vez necesitó conversar algo con el encargado del centro de reclusión, y éste le habló de nosotros y de nuestro extraño requerimiento.

El sultán dispuso que a la mañana siguiente nos llevaran a cierta sala del recinto. Por supuesto, nos llevaron custodiados. Francisco conversó con el sultán, a través mío, siendo yo el que conocía algo del idioma. Aquél comenzó un discurso, que yo traducía con la máxima fidelidad posible, así como también las respuestas de Al Kamil.

Francisco empezó pidiendo perdón al sultán por la agresividad de los cristianos. Después le habló de Jesús.

-Jesús, ¿el hijo de María? -expresó el sultán-. Aparece en nuestro libro sagrado, el Corán.

Se entendieron muy bien, a pesar de tener uno el ideal de pobreza, y el otro, el de la riqueza. Ambos vibraban con el tema religioso, y se respetaron plenamente. Los dos querían terminar la guerra lo más pronto posible, y ninguno de ellos tenía la fuerza necesaria para lograrlo. Con gran entusiasmo intercambiaron ideas, hasta terminar siendo casi amigos. Al Kamil dejó muy en claro, eso sí, que a él no le íbamos a cambiar su religión.

-Nos matarían a los dos -aseguró riendo el sultán a Francisco.

Le caímos en gracia, y nos liberó de la prisión. Pudimos quedarnos como huéspedes suyos en una edificación que estaba muy cerca del palacio. Nos recomendó no salir porque nadie iba a comprender una cosa así. Conversamos un rato cada día, y hasta nos permitió entrar al palacio real y nos reunimos con los principales jefes.

El sultán es un hombre joven y afable. En todo momento nos respetó. No entiendo cómo nuestros cardenales le hacen la guerra. Podría haber entendimiento conversando las cosas. Hay mucho fanatismo en nuestra jerarquía. También en importantes sectores del mundo árabe. Decidimos que le contaríamos todo eso al cardenal Pelayo, para que cambie de actitud. Eso sí, cristianizar a la gente de acá, como pretendíamos, es imposible. El sultán nos hizo ver que es tan difícil como cambiarnos a nosotros a la religión musulmana. Sin embargo, nuestro Dios es el mismo.

Ya no sabía yo si estaba preso en jaula de oro o era huésped real del sultán. Nos trataban muy bien, como a visitas ilustres. El palacio era enorme y suntuoso, con pasillos y salones muy adornados, lo cual no tiene nada que ver con nuestra forma de vida.

-El ámbito de nuestra tarea está en los cristianos -me dijo Francisco, y tiene toda la razón.

Durante una semana fuimos huéspedes de Al Kamil. En la tercera noche, nos ofreció mujeres para agasajarnos como corresponde. Se trataba de

unas sirvientas del Harem que se hallaba ubicado en el edificio vecino. Francisco me ordenó rechazar la oferta, cuando se la traduje con un poco de bochorno. Eso no fue entendido de buenas a primeras. Tuvimos que explicar que en nuestra cultura, y muy especialmente en nuestra situación de predicadores pobres itinerantes no nos permitíamos una cosa así.

-¿Iráis a una mezquita? -preguntó Al Kamil, después de varios días.

-¿Por qué no? -fue la respuesta de Francisco-, si Dios está en todas partes.

Esa tarde estuvimos en la mezquita. Fue una experiencia interesante.

-Gracias por intentar salvarme -exclamó el sultán cuando decidió que ya era el momento en que debíamos retirarnos-. Habéis arriesgado vuestras vidas por mí... Nunca lo olvidaré.

Regaló a Francisco un cuerno de marfil, muy lindo, y además nos otorgó un salvoconducto para visitar Tierra Santa. Y hasta nos dio víveres para nuestro camino al campamento. Llegamos a éste contentos y transformados. Ya no queremos evangelizar a los musulmanes. Eso no tiene sentido. Nuestro trabajo hemos de hacerlo hacia los cristianos.

El Cardenal Pelayo nos preguntó acerca de las instalaciones que tendríamos que haber visto, pero la verdad es que ni nos fijamos.

-No tenéis remedio -nos dijo.

Nosotros, los Hermanos Menores, no quisimos seguir estando ahí. Tampoco a Pelayo le interesaba que continuáramos, así que fue muy fluida la despedida, y partimos hacia Tierra Santa, pasando por Siria para visitar a Elías. Es el Custodio de Siria, y nos recibió feliz. Francisco quedó admirado por el excelente trabajo que ha hecho acá Elías, con miras a reconciliar la iglesia griega con la latina. No sólo los cristianos le tienen estimación, también los musulmanes.

Se ha incorporado a los Hermanos Menores en Siria un sacerdote y predicador famoso, Cesáreo de Spira. Es un teólogo alemán, que estudió en París, y sabe mucho acerca de los evangelios y de la obra misionera de San Pablo.

Con Francisco, Pedro y Elías fuimos a Jerusalén, y también a Galilea. Fue un viaje emocionante y muy provechoso. Ver los lugares en que Jesús estuvo enseñando es sobrecogedor. Casi parece que todavía estuvieran las palabras de Jesús vibrando en el aire.

Después de una semana volvimos a Siria a reunirnos con los demás. Estábamos contentos en Siria hasta que llegó el hermano Esteban, proveniente de Asís. Un saludo alegre fue seguido por nuestras caras de pregunta. Todos queríamos saber a qué se debía ese viaje.

-No traigo buenas noticias -señaló Esteban.

-¿Qué ha pasado? -quiso saber Francisco, pues la preocupación nos tomó a todos. Yo me imaginé las peores tragedias, en tan solo los pocos segundos que Esteban tardó en responder:

-Los Hermanos más intelectuales... y los más clericales... se están apropiando de la comunidad.

Empecé a sentirme un poco más aliviado y tranquilo, ya que lo escuchado no me pareció tan enorme ni falto de solución.

-¿A qué te refieres? -preguntó Francisco.

-Hubo un Capítulo de Pentecostés, sin nadie que tuviera la fuerza para defender nuestros principios originales.

-Tendremos que anticipar nuestro regreso a Italia -decidió Francisco.

-Sí, Francisco, por favor -suplicó Esteban, y después siguió contando los tristes pormenores de la debacle. Hasta nos habló de perseguidos y encarcelados. Yo no era capaz de imaginar cómo podía haber ocurrido algo así. Supuse que Esteban puede haber estado exagerando, pero de todos modos era urgente volver a Asís. Así lo hicimos, a primera hora del día siguiente. Francisco le pidió a Elías y a Cesáreo que nos acompañaran porque los iba a necesitar, con toda seguridad. Ambos accedieron, así que nos embarcamos con ellos hacia nuestra querida Italia, después de varios meses de haberla dejado.

La Cruzada continuó, a pesar nuestro. La destrucción fue salvaje. Los lugares santos siguieron estando en manos árabes.

En el barco, Francisco tuvo unas fiebres altas y no podía comer nada, ni siquiera tomar agua. Y como si eso fuera poco, se le pusieron los ojos colorados y le ardían. Se le hincharon los párpados y veía todo borroso. El viaje se le hizo eterno, y a mí también, hasta que por fin llegamos a Venecia. Desde ahí en adelante hasta Asís, Francisco ya estaba mejor.

-¿Quién soy yo? -me preguntó Francisco.

Entendí perfectamente que no estaba enajenado, sino que se estaba cuestionando, y ajustando su persona. Yo no quería ni pensar en lo que se nos iba a venir encima. Encontraríamos una Porciúncula muy distinta a la que dejamos.

-Estás en un momento de fuerte cambio -le dije, y comprendí que no estaba respondiendo a su pregunta, pues no me corresponde hacerlo.

26.- Pedro al volver de Oriente

En el verano del 1220 volvimos a Asís, con Francisco, Elías, Iluminado y los otros. Acá nos encontramos con algo que superaba los vaticinios más pesimistas, surgidos al hablar con Esteban. Algunos Hermanos se admiraron al constatar que Francisco estaba vivo, pues los rumores decían que había muerto. Incluso, en más de uno vi lucir ya una majestuosa actitud de sucesor.

Nuestra querida fraternidad de Menores estaba en camino de transformarse en otra cosa. Durante la ausencia de Francisco, había quedado a cargo de Gregorio de Nápoles como superior general, secundado por Mateo de Narni como custodio de la Porciúncula. El hermano Gregorio dedicó gran tiempo a viajar, con miras a ampliar nuestro movimiento a otras regiones, lo cual puede ser loable pero, a mi entender, si quedó encargado de cuidar las ovejas, el pastor no tenía que irse por el mundo. Así se lo hizo ver Francisco:

-Quedaste tú para que pudiera salir yo.

-Francisco, no te imaginas la cantidad de nuevos Hermanos que han brotado por todas partes -respondió Gregorio-. Y tenemos muy buena llegada con los obispos, ¿sabes?

No es fácil rebatirle, porque tiene facilidad de palabra.

-Cuéntame qué pasó en el Capítulo de Pentecostés -pidió Francisco, dirigiéndose a Gregorio.

-¡Ah! Estuvo fabuloso. Han llegado hombres con una enorme sabiduría.

-¿Estudiosos...?

-Más que eso. Eruditos.

-Acabo de saber que Juan de Capella se retiró de la fraternidad.

-Sí. Es un santo, pero... muy llevado de sus ideas.

-¿Cómo así?

-Formó una comunidad para atender a los leprosos. Escribió su propia regla y partió a Roma a tratar de entrevistarse con el Papa.

-¿No podía llevar a cabo su misión dentro de nuestra comunidad?

-No podía... porque estamos siempre tan escasos de dinero, tú sabes. Y han entrado muchos sacerdotes, que necesitan disponer de los mínimos elementos para la eucaristía, y... sus ornamentos. Todas esas cosas.

-A partir de hoy tendrán que acostumbrarse a ser pobres.

-De hecho, nos ha resultado difícil mantenernos con puras limosnas y pequeños trabajos ocasionales.

-Gregorio, debemos rechazar la riqueza, si queremos que la Iglesia viva en el espíritu del evangelio de Jesús.

-¿Y cómo podrá una Iglesia pobre administrar los sacramentos que los fieles necesitan para su salvación?

-Tal como lo hacían los primeros cristianos.

No era fácil dejar callado a Gregorio, pero Francisco lo logró. Sin embargo, le resultaba difícil mantener en la hermandad la forma de vida original. Por un rato breve pudo ponerse contento, cuando llegó Egidio, que había pasado un buen tiempo en profunda oración, alejado del mundo.

-Quiero ir a predicar en el mundo árabe -le dijo a Francisco, a los pocos días.

-En el mundo árabe... Sí -accedió Francisco-, pero, llevarás la palabra a los cristianos.

Eso era lo más razonable, después de la experiencia de Damietta. Así fue como Egidio partió a Túnez, acompañado de Electo, un Hermano de los más jóvenes, y muy debilucho, pero con una tremenda fuerza interior.

Al día siguiente, Francisco se acercó a mí, diciendo:

-Pedro, tú eres la persona indicada.

-¿Para ir a predicar? -pregunté confuso.

-No... No me refiero a eso... Quiero a alguien que tenga mucho conocimiento de la teología, un sabio. Tú lo eres.

-Gracias por pensar así de mí... ¿Dónde quieren a ese alguien?

-Aquí mismo.

-¿En qué pasos andas?

-Mira, Pedro, yo ya no tengo buena salud, y no me hacen mucho caso los Hermanos. Le pedí a Dios que me indicara quién ha de reemplazarme, y me ha dado tu nombre. ¿Qué más puedo necesitar? Yo confío en tí. Sé que serás siempre fiel a nuestra pobreza original, y no llevarás a la comunidad por el mal camino.

-Te agradezco este gesto, pero yo no soy digno de tan alto cargo.

-No es un cargo. Es un servicio. ¿Estás dispuesto a sacrificarte?

-Sí, lo estoy.

Enseguida, Francisco comunicó la noticia a los demás Hermanos.

-Vosotros, y también yo -les dijo-, obedeceremos al hermano Pedro Cattani.

Al otro día, Francisco fue conmigo a ver al Cardenal Ugolino, para presentarme.

-Por favor, no renuncies -le pidió nuestro protector.

Yo pensaba que me agradaría eso a mí también, pero si Francisco ya lo había conversado con Dios, nada lo haría cambiar. Así lo comprendió el prelado.

-Sería bueno que los nuevos Hermanos pasaran por un período de prueba de un año, ¿no crees, Francisco?

-Sí. Tienes razón.

Fue un logro del Cardenal, pues hasta ahora Francisco estaba reacio.

-Estoy reformando el clero -continuó Ugolino, dirigiéndose a nosotros- y me agradaría mucho que algunos Hermanos de vuestra fraternidad ocuparan cargos importantes en la nueva estructura.

-No hemos renunciado al siglo para ocupar cargos -dije.

-No sería bueno que los Menores se transformen en Mayores -redondeó Francisco certeramente, dando por terminada la conversación.

Transcurrieron meses difíciles para mí, por la nueva responsabilidad que estaba teniendo. En todo, trataba de hacer las cosas como las haría Francisco. Ya sé que fui nombrado porque soy el único Hermano intelectual del grupo de origen.

No soy presbítero ni teólogo, pero siempre me ha gustado estudiar lo relacionado con religión. No pretendo estudiar a Dios, que eso es imposible. No estudié más que el Derecho Canónico. Después, vi que eso no es lo mío. He leído la Biblia, en particular los evangelios, ya los conozco bien y he reflexionado mucho en torno a esos documentos. Hay tergiversaciones en la Iglesia porque algunos jefes cristianos de la historia han interpretado algunas cosas a su manera, y sería bueno rectificarlas. Por ejemplo, eso de que María Magdalena haya sido una prostituta es un invento de alguien. Muy novelesco..., y prendió fuerte en la gente. Tenemos que reivindicarla, algún día. Al principio creí que yo lo haría, pero en eso entré a la comunidad, y ya empezó a cambiar mi propósito de vida. Me transformé ese día en que llegó Francisco con Bernardo a consultarme porque éste quería saber cual sería su camino. Resultó que no sólo él descubrió su camino sino que hasta yo descubrí el mío. Fue como un terremoto interior, que me removió.

Y ahora, he tenido que cargar con la tediosa administración, pero en el momento de decidir cosas importantes, le consulto a Francisco. Ya tengo mi edad, estoy enfermo, y los rigores de la vida me han debilitado. Cada nuevo invierno me deja peor y no sé si resistiré el próximo.

Los demás Hermanos, salvo los antiguos, tratan a Francisco como si hubiese muerto. Con veneración, pero sin hacerle mucho caso. Todos los días tenía que repetir Francisco sus llamados a la oración:

-Alimentad vuestra alma. Sin oración no se puede avanzar en el sendero de Dios.

Francisco daba el ejemplo, entregándose a sus plegarias en cada momento. Contemplando, percibía más que todos nosotros, como si tuviera sentidos especiales. Ésa es la principal razón por qué lo sigo tan decididamente.

Una vez le llamé la atención por sus excesivas penitencias, como si se estuviera castigando en exceso, de manera injusta.

-Tengo que ser ejemplo para los demás -me respondió-. ¿Y por qué seguimos teniendo ese libro? -agregó, cambiando el tema, al tiempo que señalaba un lujoso ejemplar del Nuevo Testamento, que había adquirido Mateo de Narni cuando nosotros estábamos en Oriente.

Antes que yo alcanzara a pensar alguna respuesta, nos interrumpió el Hermano portero, diciéndome:

-Viene la mamá de unos de los Hermanos, y pide ayuda.

-Dale este libro -fue mi inmediata respuesta, y le pasé el famoso Testamento aquél-, le sacaré un buen precio.

Francisco sonrió, después que el portero se hubo alejado, y a mí me vino una tentación de risa, que no la pude aguantar. Al final, reíamos los dos, con gran relajo.

Días después llegó la noticia de los mártires. Cinco Menores murieron en Marruecos. Berardo, Pietro, Adiuto, Accursio y Ottone. A pesar de que el sultán había dado la orden de liberarlos, ellos nunca dejaron de predicar cada vez que pudieron. Eran los propios cristianos los que intentaron callarlos, por miedo a una eventual venganza del sultán. El infante don Pedro los tenía en su casa a estos cinco Menores, para cuidarlos, y los llevó a una acción armada, junto a otros cristianos y a musulmanes. Tuvieron que pasar tres días de sed sofocante, hasta que Berardo encontró agua, que manaba en abundancia. Lo consideraron tan milagroso, que surgió entonces el tema de la religión, en agudos diálogos en que Berardo dejaba callados a los musulmanes. Cuando el sultán de Marruecos se enteró de estas andanzas se sintió humillado y no aguantó más la predicación de los Hermanos. De ahí para adelante, éstos tuvieron cada vez menos posibilidades de sobrevivir.

Fue triste conocer el desenlace de tan valiente misión. Encargué a Felipe llevar la noticia al convento de San Damián. Entre llanto y llanto, pudo decirlo todo y consolar a las Hermanas. Clara manifestó su profundo deseo de ir en misión al Oriente y entregar su vida por Cristo.

-Nosotras también iremos -exclamaron las demás.

Yo me preguntaba si se trataría sólo de un llamado al martirio, o si no era quizás algo más. El deseo de anunciar el evangelio, de hacer realidad el Reino de Dios por la palabra y por la acción. ¿Por qué ella, Clara, no podía también anunciar el evangelio? A mi entender, en Clara se manifestó algo imperativo, de darse por la salvación de las personas.

Estaban decididas, a tal punto que Clara solicitó el permiso de Francisco, pues él sigue siendo referencia pastoral para ellas. Nuestro fundador tuvo que ir en persona a San Damián a apaciguar a las Hermanas, hasta que las convenció de quedarse.

Días después, regresó Egidio. Los cristianos no le habían permitido predicar, y para salvarlo lo obligaron a subir a una nave con destino a Italia. Así, llegó decepcionado, y sin Electo, quien logró escabullirse cuando lo iban a embarcar.

En su nueva estadía en la Porciúncula, Egidio se dedicó más que nada a cuidar a Francisco, pues encontró que tenía fiebre.

-Acá hacen a un lado a Francisco -se quejó Egidio.

-Están un poco cambiados los Hermanos -tuve que reconocer.

-¿Un poco...?

-Anoche tuve una pesadilla -le conté para cambiar el tema.

-¿Sí, qué soñaste?

-Mira, yo iba pasando por uno de los infiernos..., pero, te digo que un infierno muy desgraciado...

-¡Ya sé! Ahí te debes haber encontrado con varios Hermanos Menores.

-No, Egidio. No había ninguno.

-Talvez no fuiste al infierno de más adentro.

(fin de la novena parte.

Continuará)